

ERRORES ACERCA DEL PECADO ORIGINAL, EN SUS RELACIONES CON EL ÓRDEN GENERAL DE LAS COSAS.

Dios crió al hombre libre hasta dejarle la libertad del mal para probarle; pero no lo hizo sin dotar á esta libertad tremenda de luces intelectuales tan refulgentes, de una rectitud de voluntad tan perfecta, de unos auxilios de gracia tan eficaces que pudiese el hombre, si queria, perseverar sin grande esfuerzo en la justicia, y ser levantado, despues de una corta prueba, á aquella espléndida vision divina, cuyo éxtasis eterno junta inseparablemente á la criatura inteligente con el bien sumo.

Tal fué el primer designio del Criador respecto del hombre. Pero el hombre quiso abusar de su libre albedrío, y pecó; y por su pecado perdió, con la justicia original, todo derecho al alto y magnifico destino que Dios le habia preparado. En tal estado, Dios podia abandonar á si mismo á este rey de la creacion destronado, dejarle sin remedio alguno á su perdicion, no éjerciendo para con él sino los derechos de una severa justicia, como lo habia hecho respecto del ángel: podia tambien, segun la opinion de innumerables teólogos, redimirle por via de pura condonacion, ó puramente remitiéndole su pecado, ó segun otros, exigiéndole una satisfaccion imperfecta.

Pero Dios no quiso lo uno ni lo otro. Su voluntad fué, á un tiempo mismo, réparar misericordiosamente la naturaleza humana, y recibir de ella, sin embargo, una satisfaccion perfecta y proporcionada al pecado. Para cumplir este designio, la Divina Sabiduria inventó la maravillosa economia de la Redencion, por la cual concertadas la misericordia y la justicia, y dándose, como dice el Salmista, el beso de paz, Dios se hace hombre para pagar la deuda del hombre pecador, y el hombre reconciliado puede, por medio del nuevo Adan, Jesucristo, volver á entrar en aquel órden de gracia y de gloria que el primer Adan habia perdido.

Al ver esta admirable dispensacion, por la cual reformando Dios su obra, no solamente la restaura sino que la hace mas bella; la Iglesia arrebatada con un impulso de júbilo y de admiracion exclama: *¡O felix culpa quæ talem et tantum meruit habere Redemptorem!* y todos los dias cuando celebra en el santo altar aquella misteriosa mezcla del agua y del vino en conmemoracion de la union maravillosa del hombre con Dios en el Verbo hecho carne, da testimonio de que la reparacion de nuestra naturaleza ha sido mas admirable todavia que su misma creacion: *Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti.*

Empero; si la Iglesia se inunda aquí de admiracion y de júbilo, jamás llega hasta cegar y extraviarse: ella sabe que la caida del hombre, oca-

sion de su redencion, habia sido prevista por Dios eternamente; pero sabe tambien que aquella caida fué enteramente libre de parte del hombre, y de ninguna manera cree que Dios hiciera caer al hombre para abrir las vias al Redentor: ella sabe que la redencion habia sido decretada *ab eterno* en el consejo divino, pero tambien libremente, de parte de Dios, y supuesta la prevision del pecado libre del hombre: ella sabe que el infierno manifestará, con terrible fulgor, la infinita justicia de Dios en aquellos que hayan desaprovechado la gracia del Redentor; pero rechaza con horror la idea de que Dios haya querido el infierno por un designio *antecedente* y primario, como complemento del órden universal y manifestacion, hasta cierto punto necesaria, de su justicia. Dios respeta la libertad del hombre: la Iglesia proclama la libertad de Dios; y cuando, en la evolucion *consecuente* de los designios divinos, ve aparecer la pena en pos de la culpa, pronuncia por la boca de su mas ilustre doctor San Agustin: *Deus de suo bonus, de nostro justus.*

Tal es, acerca de estas sublimes verdades, la enseñanza de la pura y sana teologia; pues comparemos ahora con esta doctrina los textos del Sa. Donoso.

»Si Dios permitió su prevaricacion (la del hombre) consistió esto en que guardaba como en reserva al Salvador del mundo, el que habia de venir en la plenitud de los tiempos: aquel supremo mal era necesario para el bien supremo, y para esta gran ventura era necesaria aquella gran catástrofe. El hombre pecó, porque Dios habia determinado hacerse hombre; y hecho hombre sin dejar de ser Dios, tenia bastante sangre en sus venas y sobrada virtud en su sangre para lavar su pecado. (Pág. 141).»

Con que es decir que siendo *necesario* el supremo mal del pecado para el bien supremo de la Encarnacion del Hijo de Dios y de la Redencion, el hombre pecó, porque Dios habia determinado hacerse hombre y lavar el pecado del hombre en su propia sangre. Si esto no es el fatalismo, conengamos en que se le parece bastante, ó cuando menos, en que hay aqui una ambigüedad muy peligrosa. Por estas palabras parece que el Verbo y la Redencion eran asunto primario de los designios de Dios, y el pecado del hombre el medio necesario para el cumplimiento de estos designios; porque es claro que el que quiere el fin, quiere el medio, sobre todo, si este medio es necesario. ¿Hay mucha distancia desde este al error consistente en hacer á Dios autor del pecado?

Si el hombre pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre y rescatarle con su sangre, no se sabe por qué pecó tambien el ángel, que no debia ser objeto de la misma gracia; como no fuese para que pudiera hacer pecar al hombre, y de este modo abrir las vias á la Encarnacion del Hijo de Dios.

Si el Hijo de Dios no hubiera determinado encarnarse ; hubiera sido imposible el pecado del hombre, y aun del ángel? ; hubiera podido Dios permitirlos? Y caso de que no pudiera dada la hipótesis del pecado, la Redención era necesaria?

Si el Sr. Doxoso resuelve estas cuestiones en el sentido católico ; qué haremos de sus textos?

«El fin general de las cosas (dice en otra parte el Sr. Doxoso) era manifestar todas á su manera las perfecciones altísimas de Dios, y ser como centellas de su hermosura y magníficos reflejos de su gloria. Consideradas bajo el punto de vista de este fin universal, no nos fué difícil demostrar que de la obediencia humana y de la rebelión angélica se siguieron bienes incomparables; y que así la una como la otra sirvieron para que las criaturas, que antes reflejaban solamente la divina bondad y la divina magnificencia, reflejaran también toda la sublimidad de su misericordia y toda la grandeza de su justicia. El orden no fue universal y absoluto, sino cuando las criaturas tuvieron en sí todos estos espléndidos reflejos.» (Pág. 262.)

Con que es decir que sin el pecado y sus terribles consecuencias, el orden no hubiera sido universal y absoluto, ni las criaturas habrían reflejado con bastante esplendor las perfecciones divinas. Es así que Dios quiere el orden esencialmente; es así que era conveniente, necesario quizás en concepto del Sr. Doxoso, que el orden fuese universal y absoluto, y que la creación reflejase más perfectamente los atributos divinos; luego.... la conclusión se adivina al instante. El Sr. Doxoso añade :

El acto supremo de la creación no podía considerarse como consumado y perfecto, sino después de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricación de los seres inteligentes y libres no podía Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricación misma fué *ocasion* de la más grande de todas las armonías, y de las más bella de todas las consonancias.» (Pág. 147.)

La palabra *ocasion* no expresa aquí la consecuencia que se sigue de las premisas; y los lectores, más lógicos que el autor, discurrirán de este modo : Cómo quiera que repugna el que Dios deje incompleto é imperfecto el acto de la creación; cosa que sucedería, según el Sr. Doxoso, sin la prevaricación de los seres inteligentes y libres, siguese de aquí que esta prevaricación ha sido rigurosamente necesaria, y positivamente querida por Dios.

Cuando con la prevaricación angélica y con la humana no hubo en Dios perfección que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que había de ponerse de manifiesto más adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en orden.» (Pág. 147 y 148.)

¡Cómo! ; Conque las cosas no estaban en orden antes del pecado? No diría más Calvino. Es decir que Dios no veía las cosas muy bien,

cuando acabada su grande obra de la creación, y contemplando amoroso aquella obra tan pura todavía entonces cuanto hermosa, se dió á sí mismo testimonio de que todo era bueno y perfecto : *vidit Deus cuncta que fecerat, et erant valde bona.*

No concluiré este párrafo sin llamar la atención sobre la extraña belleza, sobre las supuestas armonías y consonancias que el Sr. Doxoso encuentra en los pecados de los infelices hijos de Adán; pecados que en el hecho de acumularse y amontonarse unos sobre otros, constituyen, según él, por su misma fealdad combinada con la fealdad propia de nuestra naturaleza, un compuesto que no carece de cierto mérito de belleza relativa. He aquí el extraño pasaje á que me voy refiriendo.

Con él (con el pecado) puso Adán mancha en lo que ya no puede ponerla ningún hombre, en el puro albor de su inocencia purísima : poniendo unos pecados sobre otros los que pecamos ahora, no hacemos sino poner manchas sobre manchas; solo á Adán le fué dado oscurecer el ampo de la nieve. Con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal más grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relación, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se temple en algún modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado» (Pág. 195.)

Verdaderamente que al ver esto se pierde la paciencia, y da gana de cerrar el libro, no sin hacer mil pedazos los prospectos que hacen tan inconcebiblemente famosos semejantes escritos.

V.

ERRORES ACERCA DEL PECADO ORIGINAL, CON RELACION Á SUS EFECTOS SOBRE LA NATURALEZA HUMANA.

1.º Efectos generales :

«Su vida (la del hombre, desde su prevaricación) fué toda tentación y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupción su carne: cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento, cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños: su memoria le sirvió de torcedor, su prevision de tormento; su imaginación no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y su miseria.» (Página 124.)

El santo concilio de Trento dice que por el pecado original fué despojado el hombre de los dones sobrenaturales; pero que en cuanto á los naturales, fue solamente *herido*, quebrantado. El Sr. Doxoso va mucho más

allá: porque si la *sabiduría* del hombre pecador *no es mas que ignorancia*, adios su luz natural; si su *voluntad no es mas que flaqueza*, adios su fuerza moral natural; y por último, si cada una de sus acciones está acompañada de un *arrepentimiento*, entonces no hay acciones virtuosas del orden natural; y no hay acto ninguno que, sin la gracia, no sea pecado. ¡A donde vamos á parar! Esto es anular no solamente la gracia sino tambien la naturaleza. Y lo peor es que hay en el dia muchos escritores religiosos impregnados del mismo error, como lo prueban tristes y recientes ejemplos en que se ven los estravios que produce en un entendimiento cuando llega á penetrarlo, y el trabajo que le cuesta haber de salir de él.

2.º Efectos particulares sobre el entendimiento.

«La falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: Si el entendimiento del hombre es falible porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados: si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradicción en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas: si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusión es absurda é inconcebible.» (Pág. 40.)

¿Conque el hombre, por su prevaricación, *no puede nunca estar cierto de la verdad*? ¿Y esta incertidumbre está *de una manera esencial en todos los hombres*? ¿Pero no vé el Sr. Donoso que eso es negar radicalmente toda certidumbre natural? ¿Es decir que no hay medio entre el escepticismo y la fe? De que el hombre sea falible en muchas cosas, ¿se sigue que no puede estar cierto de ninguna? Buena lógica está esta. Y lo peor es que semejante lógica no solamente es del Sr. Donoso, sino de toda una escuela neocatólica bastante conocida, que se ha ingeniado para vivir entre nosotros, de treinta años á esta parte.

Debo aquí llamar la atención sobre una particularidad muy notable del texto anterior. El Sr. Lamennais había dicho, y muchos de sus discípulos han sostenido, que si bien es cierta la falibilidad de cada hombre aislado, el género humano, tomado en su conjunto, es infalible. El respetable Sr. Donoso tiene un talento demasiado perspicaz para no haber visto todo lo que hay de groseramente contradictorio en semejante sistema, pues es evidente que siendo falible cada hombre en particular, el género humano, á no mediar como no media en este caso, una especial promesa de infalibilidad, es tan falible como cada hombre. Visto esto por el Sr. Donoso ¿qué hace? Toma su partido, y pronuncia resueltamente: que en todos

los hombres, aislados ó juntos, está de una manera esencial la incertidumbre absoluta, como consecuencia que es, segun él, de la falibilidad humana. Enhorabuena sea así; pero que diga entonces el Sr. Donoso de qué manera ha de entrar la fé en el entendimiento humano: los antecesores del Sr. Donoso habían cerrado las puertas á la razon individual; el Señor Donoso ahora se las cierra á la razon comun. Corriente: la fe entrará como buenamente pueda, por milagro, *januis clausis*.

Mientras que la escuela lamenesiana, por temor á las censuras, tiene cerrados todos los caminos para invocar abiertamente como infalible la autoridad del género humano, he aquí al Sr. Donoso diciendo:

Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés...» (Pág. 151.)

Desde esto á la infalibilidad de la razon comun y á poner en el consentimiento de los pueblos el criterio único de certidumbre, ya se vé la inmensa distancia que media. Pero en fin, ello así es; el fallo está pronunciado, y es irremisible. Pero véase todavia adonde va á parar la cosa:

Anunciad (dice el Sr. Donoso) que poseeis un argumento que echa por tierra una verdad matemática; que vais á demostrar que dos y dos no hacen cuatro, sino cinco... Si como única demostracion de vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones, dais vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones mismas, entonces el género humano os pondrá sobre los cuernos de la luna.» (Pág. 60, 61.)

¡Hasta tal punto, despues del pecado, está la humanidad condenada á ver las cosas del revés! Y la razon dé este infeliz estado del espíritu humano es pura y simplemente que

«entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricación del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible... Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo, hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo.» (Pág. 59, 60.)

No se puede hablar mas claro. La triste consecuencia que de todo esto sale, es que el Sr. Donoso habla como el mas franco, el mas resuelto, el mas afirmativo, el mas lógico adepto de la *pretensa escuela tradicionalista*, que bulle entre nosotros, hace un cuarto de siglo, sin que se la haya podido reducir al silencio, y que, oculta durante algun tiempo para evitar el rudo golpe que la dieron las censuras de 55 obispos franceses y la enciclica del Sumo Pontífice Gregorio XVI, vuelve hoy á la carga, gritando mas que nunca: escuela, que para fundar mejor la fe, niega la razon, condena á toda filosofia, borra de una plumada atrevida el tratado teológico de la *verdadera religion*, tal como los teólogos lo han concebido y redactado; se escandaliza del *rationabile obsequium* del apóstol, y en su inconcebible ceguedad se obstina en no ver que destruyendo el vestibulo, cierra la entrada del santuario; que proclamando la impotencia radical de la ra-

zon, hace de la fé no solamente una gracia, sino un milagro; y que al precipitar, finalmente, en un abismo insondable la fé con la razon, condena al género humano todo entero á la espantosa pero inevitable alternativa ó de un escepticismo absoluto, ó de un insensato fanatismo.

En vano el Sr. Donoso dirá que *ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama.* En vano alegará que estas palabras profundísimas atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible del género humano: en vano, repito, dirá estas palabras, si las dice en el sentido de que sin la gracia el hombre prevaricador y caído esté irremisiblemente condenado á ver todas las cosas del reves; que sin el rayo excelso de la revelacion sea radicalmente impotente la razon humana para conocer ninguna verdad; que Dios haya puesto entre la verdad y nuestra razon una repulsion invencible; que sea en fin, necesario afirmar, como el Sr. Donoso afirma con estraña fraseología, que *es necesario afirmar la nada, ó pasar con todas sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda su alma y todo su cuerpo por el cilindro de la fé.* Si es asi, digo, como el Sr. Donoso entiende y presume interpretar las divinas palabras de Nuestro Señor, nada mas veremos los que solo aspiramos á ser sobriamente sabios, sino un estraño y deplorable abuso del texto sagrado. Y con este motivo, nos tomamos la libertad de recordar al Sr. Donoso la prescripcion del santo Concilio de Trento (sess. VI. decret. de canon. scripturis.) *«Ad coercenda petulantia ingenia, decernit (sacrosancta synodus) ut nemo suæ prudentiæ immixtus, in rebus fidei et morum, ad ædificationem doctrinæ christianæ pertinentium, sacram scripturam ad suos sensus contorquens, contrá eum sensum quem tenuit et tenet sancta Mater Ecclesia, cujus est judicare de vero sensu scripturarum, aut etiam contrá unanimum consensum Patrum, ipsam scripturam sacram interpretari audeat.*

Una vez concebidas tan exageradas ideas acerca del pecado original, que se le llegue á considerar no solo como la pérdida de la gracia, sino tambien de la naturaleza misma y de la razon; no viendo ya en el hombre caído nada que esté firme, claro es que debia ser ilimitado el desprecio de la humanidad; y efectivamente, hé aquí lo que el Sr. Donoso piensa de ella.

«Yo no sé si hay algo, debajo del sol, mas vil y despreciable que el género humano fuera de las vias católicas» (Pág. 61.)

«Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida mesura con que proceden en este negocio.»

.....«No acierto á concebir esa parsimonia de vilipendios, y esa mesura en los

desdenes».....«Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linage humano, el reptil que piso con mis pies, seria á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun asi y todo, el punto de fé que mas abrumba con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, que quiero alcanzar y no alcanzo.» (Pág. 270 y 271)

Y no hay que hablar al Sr. Donoso de nada que pueda templar un poco los negros colores de ese cuadro tan sombrío de las miserias y pobreza humanas; no hay que hablarle de las virtudes naturales, de las acciones morales y buenas que la historia puede con razon elogiar muchas veces en los mismos paganos; porque el Sr. Donoso os respoderá:

«En vano aparto los ojos lleno de espanto y de horror de los anales del crimen, para ponerlos en esferas mas altas y en regiones mas serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias: porque mi conciencia levanta su voz, y me dice que todas esas héroicas virtudes se resuelven en vicios héroicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego, y en una ambicion insensata. El género humano aparec á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los pies de los héroes, que son sus ídolos, y los héroes como ídolos que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele.» (Pág. 270.)

Pasando por alto esa proposicion condenada por la Iglesia, de que *las virtudes de los infieles son vicios*, quiero ahora preguntar á todos los hombres de buen sentido y de sencillo saber no adulterados por el espíritu de sistema y la aficion á las exageraciones; ¿Son verdad las palabras que acaban de leerse? ¿No es indigno de un hombre, y sobre todo, de un cristiano, poner ese cartel de desprecio contra la humanidad entera? Y si apenas pudiera tolerarse semejante lenguaje tratandose de los mas odiosos malhechores; puede consentirse que se le aplique á todo el género humano, teniendolo por tan vil y despreciable que no lo es mas el reptil que se huella con la planta?

La naturaleza humana, dicen los Padres del Concilio de Trento (y antes de ahora he recordado esta notable distincion) ha sido despojada por el pecado original, de los dones sobrenaturales de la gracia, pero solamente herida en sus dones naturales, *vulneratus in naturalibus*. Y lo que el Dios Omnipotente hizo tan grande y tan noble, debe ser todavia hermoso, aunque lleno de heridas: y si la imagen y semejanza del Criador no ha sido aun enteramente borrada del alma y de la faz del hombre donde está impresa, como pretendia el sombrío teólogo de Witemberg, ¿quien duda que todavia deben ser de incomparable hermosura los menores rasgos que se conserven de aquella sublime y gloriosa semejanza?

Digamos, en fin, que esta gran criatura, llamada el hombre, hasta en

el abismo en que habia caido con las llagas que se habia abierto, pareció todavía tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á menos poner sus divinos piés en aquel abismo para levantarle, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para curarlas con ella. La naturaleza humana, caída y todo, es al cabo nuestra propia naturaleza; ese sér derribado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nosotros mismos. Tengamos algun respeto á ese sér que ha movido al mismo Dios á compasion, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado tanto.

VI.

ERRORES ACERCA DE LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD EN LA RELIGION.

En la historia de los humanos extravios, el mas curioso, como el mas triste, observado ya con pesar y asombro por muchos hombres sábios, sin saber cómo atajar los deplorables efectos que entre nosotros ha producido, es un fenómeno mas fácil de definir que de nombrar, y que yo de buena gana llamaria *corrientes de errores*. Asi califico ciertas falsas doctrinas, que brotan y se elevan en el seno de las sociedades, y que sin valor alguno intrínseco, se difunden, se propagan y popularizan bajo diversos influjos con maravillosa rapidez, acabando por arrastrar ciegameute los ánimos en una especie de torbellino y de una manera que podria ser tenida por fatal si, al considerarla atentamente, no se hallaran suficientes causas para explicarla.

Los distinguidos nombres literarios, las grandes reputaciones filosóficas ó políticas, los partidos, el comercio de librería, los periódicos con todas las pasiones, intereses y vanidades que los dominan; tales son las fuentes principales de eso que yo llamo *corrientes de errores*. Una vez que estas corrientes han tomado ya su giro, todo acude á ellas, lanzándose y precipitándose en su cauce los talentos pequeños, los medianos, los grandes, y á veces, hasta los rectos y bien intencionados. Si fuera licito comparar las cosas graves con las frívolas, diria yo que eran como esas modas caprichosamente inventadas por alguna pandilla del gran tono y propagadas luego por la gente bullidora, que acaban por tomar posesion de todo el mundo y reinar con tal imperio que los hombres mas formales tienen tambien que adoptarlas y seguirlas.

He hablado de los periódicos, y alguno podria yo citar que ejerce con asombroso imperio este poder de abrir ante los ánimos esas corrientes de opiniones, hoy en un sentido, mañana en otro enteramente opuesto, sin que pueda decirse con cuál de ellos estaba en la verdad, si bien creo que con ambos estaba en el error por extremarlos ámbos; que los extremos son tambien errores. Sin entrar en pormenores de este aserto, me limito á

decir que sin duda aquella maniobra periodística es uno de los mas prodigiosos esfuerzos que pueden intentarse, sobre todo si se considera que siendo siempre unos mismos los hombres que los intentan, jamás tienen boca para confesar paladinamente que iban equivocados. Pero como dice muy bien el respetable Sr. Lenormant: *Un periodista no dice jamás: Me he equivocado.*

Una de las mas famosas, hoy dia, entre estas corrientes de errores ha sido y continúa siendo la que primero se llamó *tradicionalista*, y que, de poco tiempo á esta parte, es llamada con mas razon *pseudo-tradicionalista*.

El Sr. Lamennais, y su famoso *Ensayo sobre la indiferencia*, el periódico *El Porvenir*, la jóven y brillante escuela que se formó en torno del autor del *Ensayo*; la multitud de libros publicados por esa escuela y grandemente acreditados por la parcialidad de los periódicos y los interesados prospectos de los libreros; las ediciones hábilmente anotadas que ciertos profesores hicieron por entonces de varias obras teológicas y filosóficas, en las cuales el error se introducía por medio de notas; ciertos anales filosóficos, y en fin la proteccion de alguna gente de valía: todo esto, junto con la ignorancia, la inadvertencia, la ligereza y el amor de novedades, constituye las causas que han formado, mantenido y fortificado esa corriente pseudo-tradicionalista, que tiene gran voga en Francia, que pone en cuidado á Roma, y que en otras partes hace reir á todo el mundo.

Increible parece la multitud de talentos que esa corriente se ha llevado consigo: pocas obras de filosofía religiosa se escriben entre nosotros, de treinta años acá, donde no haya penetrado mas ó menos el error á que me refiero. Entre los muchos hombres, verdaderamente distinguidos algunos de ellos, que se han dejado coger por esa corriente, se halla el Sr. Donoso, cuya notable elocuencia y eminentes talentos han prestado á la religion servicios positivos, pudiendo aun de seguro prestárselos mayores, si, como esperamos, consigue al fin sacudir de su fuerte y generosa inteligencia aquel desdichado error.

El mal está en que ese género de talentos, cuando llegan á concebir algun grave error, nunca lo abrazan á medias: si no pueden gloriarse de ser sus inventores, á causa de lo que es á un tiempo mismo una necesidad, una desgracia y un peligro inevitable de la indole de su talento, aspiran á gloriarse de exagerar sus propios excesos, arrojando hasta aquellas consecuencias extremas, que de ordinario asustan á hombres menos resueltos. Este mal se descubre con una claridad desgraciadamente prodigiosa en el Sr. DONOSO CORTÉS.

Las consecuencias extremas del pseudo-tradicionalismo son la negacion de la razon en el hombre prevaricador y caido, y la consiguiente supre-